

La noticia que me ha dado de su  
 estado me ha alegrado mucho  
 y me ha dado mucho gusto  
 de saber que se encuentra  
 bien y que sigue adelante  
 con salud y con el ánimo  
 tranquilo. Espero que pronto  
 volverá a casa y que  
 disfrutará de la compañía  
 de sus amigos y familiares.  
 Me da mucho gusto saber  
 que se encuentra bien y  
 que sigue adelante con  
 salud y con el ánimo  
 tranquilo. Espero que pronto  
 volverá a casa y que  
 disfrutará de la compañía  
 de sus amigos y familiares.

Yo me encuentro bien y  
 con el ánimo tranquilo.  
 Espero que pronto volverá  
 a casa y que disfrutará  
 de la compañía de sus  
 amigos y familiares. Me  
 da mucho gusto saber que  
 se encuentra bien y que  
 sigue adelante con salud  
 y con el ánimo tranquilo.  
 Espero que pronto volverá  
 a casa y que disfrutará  
 de la compañía de sus  
 amigos y familiares.

Odas.

Al ver el campo de batalla  
 Y ver el polvo que levanta  
 El ruido de las armas  
 Y el grito de los guerreros  
 Que se levanta en el viento  
 Y se oye en el campo  
 De la guerra y del combate  
 Que se levanta en el viento  
 Y se oye en el campo  
 De la guerra y del combate

Al ver el campo de batalla  
 Y ver el polvo que levanta  
 El ruido de las armas  
 Y el grito de los guerreros  
 Que se levanta en el viento  
 Y se oye en el campo  
 De la guerra y del combate  
 Que se levanta en el viento  
 Y se oye en el campo  
 De la guerra y del combate

## Odas.

A LA VIRGEN NUESTRA SEÑORA,  
*con motivo de la fiesta secular celebrada en Lendinara (estado veneciano) el año de 1795.*

Ya los felices campos que corona  
Profundo el Pó, y el Atesis fecunda,  
Oigo sonar con voces de alegría  
Que repiten los ecos.

Llena de pueblo, Lendinara humilde,  
Hoy los altares religiosa adorna  
De la tierna Doncella, á cuya planta  
Yace el dragon temido.

Mármoles y oro que su templo visten  
Fulgidos brillan, y á los corvos techos,  
Que el pincel abultó de formas bellas,  
Sube el incienso en humo.

Al venerado simulacro en torno  
Votos ofrecen: dulce melodía  
Hierre los aires, y en acordes himnos  
Alto Númen adoran.

Madre piadosa, que el lamento hu-  
mano  
Calma, y el brazo vengador suspende,  
Cuando al castigo se levanta y tiembla  
De su amago el Olimpo;

Ella su pueblo cariñosa guarda:  
Ella disipa los acerbos males  
Que al mundo cercan, y á su imperio  
Los elementos ceden. [prontos

Basta su voz á conturbar los senos  
Donde cercado de tiniebla eterna  
Reina el tirano aborrecido, origen  
De la primera culpa.

Basta su voz á serenar del hondo  
Mar, que los vientos rápidos agitan,  
Las crepas olas, y romper las nubes  
Donde retumba el trueno.

O ya la tierra con rumor confuso  
Suene, y el fuego que su centro oculta  
Haga los montes vacilar, cayendo  
Los alcázares altos;

O ya, sus alas sacudiendo negras,  
El austro aliento venenoso esparza,  
Y á las naciones populosas lleve  
Desolacion horrible;

Ella invocada, de el sublime asiento  
Desde donde á sus pies ve las estrellas,  
Quietud impone al mundo, y los estra-  
cesan, y huye la muerte. [gos

Oh! celebradla: y el dichoso día,  
Que nos detuvo perezoso el tiempo,  
De fe, de gratitud, ejemplo sea  
A los futuros siglos.

Y si no es dado que mi lengua alterne  
En ritmo ausonio y sus elogios cante,  
Ella comprende, aunque de voz ca-  
El idioma del alma. [rezca,

Si: tú me inspira, y en amor divino  
Arda por tí mi corazón, y anhele  
Solo adorarte, como los eternos  
Espíritus te adoran:

Que nada estorba para serte grato,  
Virgen hermosa, que en hispano verso  
Rudo, sin arte, humilde te celebre  
Si religion le dicta.

En él te invoca de esperanza llena  
Mi madre España, que á tu culto santo,  
Hasta el vencido antípoda remoto  
Aras dedica y templos.

A LA MUERTE DE CARLOS III., Y ADVEN-  
NIMIENTO DE CARLOS IV. AL TRONO.

Robó con dera mano  
La parca el alto honor del patriosuelo,  
Y su espacio llenó de asombro y pena:  
Y al golpe absorta, procurando en vano  
A su aflicción consuelo,  
La madre España con la faz llorosa,  
Pálida y triste, la región serena  
Y el mar turbó con lúgubre gemido,  
De el Africa arenosa  
Al cántabro feroz nunca vencido.

Parténope su llanto  
Acompañó con ecos funerales,  
Que oyó doliente la ciudad de Flora.  
Atrás volvió sus ondas con espanto  
El Tajo, y los reales  
Alcázares huyó de la opulenta  
Corte de Luso, y turbulento ahora  
Ve por los anchos términos que baña  
Cuanto, ¡oh muerte violenta!  
Cuanto quitaste á la infeliz España.

Pero el Cielo concede  
Limite á su dolor, que nunca pudo  
Al linaje mortal durar eterno  
El lloro ni el placer. Así sucede  
Al diciembre desnudo  
La estacion bella que el abril repite;  
Y el valle que cubrió rígido invierno  
De nieve y hielos, produciendo flores,  
Nuevo placer permite

A la madre de amor y á los amores.  
Huyó con raudo vuelo  
De Carlos el espíritu dichoso  
Adonde se ciñó mejor corona.  
Númen es tutelar que desde el Cielo  
Asiste poderoso  
A la Nacion. Ni pudo con su vida  
Su favor acabar: no la abandona,

Vive á la tierra, y de su imperio justo  
La gloria repetida  
Verá, reinando el heredero agosto.  
Si: que alumno constante  
Del arte de reinar, oyó á su lado  
Dictar al mundo las sagradas leyes  
Que adora y cumple, y vió por él  
La patria, y humillado [triunfante  
El vicio y el error. Que así se alcanza  
Honor digno y sublime entre los reyes.  
No hay gloria sin virtud. El abandono,  
La impiedad, la venganza,  
Tal vez convierten en afrenta el trono.

Tal vez la incorruptible  
Posteridad con brazo prepotente  
Los idolos trastorna que adoraba  
Sacrilego el temor, y aborrecible  
Vuela de gente en gente  
La memoria de un Príncipe tirano.  
Irrita al Cielo, y su poder se acaba,  
No la abominación de sus acciones,  
Que vive el inhumano  
Para ejemplo y horror de las naciones.

No así tú, que has sabido  
Imitar las virtudes gloriosas  
De un padre ilustre. ¡Oh Carlos!  
[¡Cuanto espera  
De ti la patria! Oh! cuanto ha conce-  
Con manos generosas [dido  
El Cielo á tu nación! Ya se engrandece  
Por ti, tu nombre aplaude y le venera,  
Y alzando los pendones de Castilla,  
Hoy el cetro te ofrece  
De un mundo y otro, que á tu pie se

El cetro que heredaste [humilla.  
Le mereces tambien. La paz festiva  
Entre las ciencias y las artes bellas,  
Que desde tu niñez remuneraste,  
Ciñe de verde oliva  
Tu diadema Real. Edad dichosa  
Darás al mundo, si prosperan ellas:  
Que la ignorancia torpe en vituperio  
Y ruina lastimosa  
Muda la pompa del mayor imperio.

No, no acerqueis la planta  
Al solio de mi Rey, abominados

Monstruos que el vicio de las cortes  
[cria;  
Calumnia atroz que la inocencia santa  
Pisas, y á los malvados,  
Indignos de vivir, de honores llenas;  
Fanatismo cruel, licencia impia;  
Y tú, nacida para oprobio eterno  
Del orbe que envenenas,  
Pérfida adulacion, huye al Averno.

Huye, que la justicia,  
La prudencia, el valor apoyo ofrecen  
Y larga duracion al cetro hispano.  
Ya del nuevo esplendor fueron prinicia  
Acciones que merecen  
Alabanza inmortal; y... oh! nunca osada  
La discordia vertiendo de su mano  
Escándalos, horror, luto á la tierra,  
De víboras crinada,  
Las puertas rompa al templo de la  
[guerra.

Que el estruendo espantoso  
De Mavorte, y las trágicas victorias  
En los excesos del furor violentos  
Gratos no son á un ánimo piadoso.  
A mas ilustres glorias  
Aspira, ¡oh Carlos! Mas si acaso inten-  
[tan,

Violando los sagrados juramentos,  
Enemigas potencias ofenderte,  
Fulmina el rayo, y sientan  
Juntos amago y golpe y ruina y muerte.

Que así verás temido  
Tu nombre escelso. La malicia humana  
Tal escarmiento á sus violencias pide.  
Y depuesto el rigor, y engrandecido  
De la corona hispana  
El honor y el poder, si al mundo hicie-  
Que el hijo de la guerra te apellide, [res  
Haz que despues benéfico te vea  
Cuando á tu reino dieres  
El áureo siglo de Saturno y Rea.

Oh! cuanto el Dios de Cinto  
Me inspira! ¡Oh! cuanto su furor me in-  
Ya de los años el girar futuro [flama!  
A mi vista pasó. Miro distinto  
Del templo de la Fama  
El alto techo y arquitebras de oro

Que en cien columnas de diamante duro  
Cargan, y escucho el gran rumor, sus-  
Que el cóncavo sonoro [penso  
Vuelve, temblando el edificio inmenso.

Allí tu nombre suena,  
Allí abultada en mármoles se ofrece  
La serie de los inclitos varones,  
Cuya fama inmortal dos mundos llena.  
Sacro laurel guarnece  
Las lises de Borbon, las quinas santas,  
El aguila imperial y tus leones;  
Y viendo allí entre todas eminente  
Tu imágen, á sus plantas  
Me postro humilde en pasmo reverente.

Y aquella te acompaña  
Alta deidad, que en su feliz ribera  
Vió nacer el Eridano sonante  
A ser delicias de tu dulce España,  
Que en ella considera  
El don mayor que ha merecido al Cielo.  
Oh! como la bondad en su semblante  
Muestra y el claro ingenio peregrino,  
Blason de nuestro suelo,  
Y esfuerzo acaso del poder divino!  
Festiva la rodea

Su prole hermosa, y suenan los acentos  
Del pequeñuelo Carlos y Fernando:  
Fernando, en cuya vida el Cielo emplea  
Repetidos portentos,  
Porque ha de ser en los futuros dias  
De Hesperia honor, las prendas imi-  
[tando

De los suyos... ¡Oh Dios omnipotente!  
Que tantas alegrías  
Permites hoy á la española gente!  
Oh! señor, si á tu oido

El ruego humano es grato, si piadoso  
Miras á la nación que fiel te adora,  
Carlos viva feliz, y su estendido  
Imperio haga dichoso  
Émulo de tal padre y tal maestro!  
Viva de tanto bien merecedora  
La Augusta, y aplaudir su nombre vea  
Mientras el orbe nuestro  
En torno gire de la luz febea.

Mas ya el rumor se estiende,  
Y el júbilo comun por todas partes

El suspirado instante nos avisa:  
 El son de Marte las esferas hiende:  
 A Cárlos y Luisa  
 Madrid aclama, tremolando al viento  
 Por su nuevo Señor los estandartes,  
 Y ya empuñando su clarín canoro  
 Con presto movimiento  
 La Fama dilató las plumas de oro.  
 Vos, ciñendo de flores  
 La docta frente y de laurel divino,  
 Pulsad la acorde cítara, poetas,  
 Y divulgad al mundo sus loores.  
 Pues si el hado previno  
 Honor durable al metro numeroso,  
 Que ¡oh tiempo raudó! en tu furor  
 [respetas,  
 Si el vuestro ensalza de mi Rey la glo-  
 Nunca mas venturoso [ria,  
 Objeto tuvo el verso ni la historia.  
 ¡Oh si mi voz pudiera  
 Al asunto bastar! ¡Oh si mi canto  
 Fuese tal como es grande mi deseo!  
 Yo al son del plectro conmovier hiciera  
 Los reinos del espanto,  
 Y del ardor fatídico encendido  
 Que ya en mi mente derramó Timbreo,  
 Prosperidad al orbe anunciaria,  
 Y el sármata aterido  
 Y el nómida feroz me escucharía.  
 Mas no, mi dulce musa,  
 No te enagene el atrevido intento;  
 Que no es dado á la ronca humilde lira,  
 Entre el aplauso popular confusa,  
 Alzar al firmamento  
 Con digno estilo y elocuente pompa  
 Los semidioses que la tierra admira.  
 Otro los cante, y de la heróica Clio  
 Suenen á su voz la trompa,  
 Que no es tan grande atrevimiento el  
 [mio.

A LA MEMORIA DE DON NICOLAS FER-  
 NANDEZ DE MORATIN.

FLUMISBO, el celebrado  
 Cantor de Termodonte,

Por quien grato á las musas  
 Fue de Dorisa el nombre,

Ya las sombras habita  
 De los elisios bosques:  
 Lloras, Vénus hermosa,  
 Llorad, dulces amores.

Suelta la crencha de oro  
 Que el viento descompone,  
 La rica vestidura  
 Desceñida sin orden;

Erato, que suave  
 Le colmó de favores,  
 Sobre la tumba fría  
 Hoy se reclina inmóvil.

Del seno de su madre  
 El niño de los dioses  
 Batió veloz las alas,  
 Fugitivo se esconde.

Deshecho el arco inútil,  
 La venda airado rompe:  
 Ardió la corva aljaba  
 Y duros pasadores.

Es fama que en la selva,  
 Por donde lento corre  
 El Arlas, coronado  
 De olivo, hiedra y flores,

Sonó lamento ronco  
 De mal formadas voces,  
 Que en ecos repitieron  
 Las grutas de los montes.

Ninfas, la queja es vana,  
 Si dió la parca el golpe:  
 Ni vuelve lo que usurpa  
 El avaro Aqueronte.

Alzad un monumento  
 Con mirtos de Diome,  
 Ornado de laureles,  
 Guirnardas y festones,

Entrelazando en ellos  
 La trompa de Mavorte  
 Y la cítara dulce  
 Del teyo Anacreonte,  
 Las coronas de Clio,  
 De Amor venda y arpones,  
 Y las aves de Vénus  
 El obelisco adornen.

Que si al asunto digno  
 Mi verso corresponde,  
 Si da lugar el llanto  
 A números acordes,

De la region que tiene  
 Por su cenit al Norte,  
 A la que esterilizan  
 Rayos abrasadores,  
 Flumisbo en la memoria  
 Durará de los hombres,  
 Sin que fugaz el tiempo  
 Su duracion estorbe.

A DON GASPAR DE JOVELLANOS.

Id en las alas del raudó céfiro,  
 Humildes versos, de las floridas  
 Vegas que diáfano fecunda el Arlas,  
 Adonde lento mi patrio río  
 Ve los alcázares de Mantua escelsa.  
 Id, y al ilustre Jovino, tanto  
 De vos amigo, caro á las musas,  
 Para mi siempre núnmen benévolo,  
 Id, rudos versos, y veneradle,  
 Que nunca, ó rápidas las horas vuelen,  
 O en larga ausencia viva remoto,  
 Olvida méritos suyos Inarco.  
 No, que mil veces su nombre presta  
 Voz á mi cítara, materia al verso,  
 Y al núnmen tímido llama celeste.  
 Yo le celebro, y al son armónico  
 Toda enmudece la selva umbria,  
 Por donde el Tajo plácidas ondas

Vierte, del árbol sacro á Minerva  
 La sien ceñida, flores y pámpanos.  
 Tal vez sus ninfas, girando en torno,  
 Sonora espuma cándida rompen,  
 Del cuello apartan las hebras húmidas,  
 Y el pecho alzando de formas bellas,  
 Conmigo al inclito varón aplauden,  
 Dando á los aires coros alegres,  
 Que el eco en grutas repite cóncavas.

A LOS COLEGALES DE SAN CLEMENTE  
 DE BOLONIA.

¿Por qué con falsa risa  
 Me preguntais, amigos,  
 El número de lustros que cumplí?  
 ¿Y en la duda indecisa,  
 Citais para testigos  
 Los que huyeron aprisa  
 Crespos cabellos que en mi frente ví?

Pues no los años fueron  
 Los que con manó dura  
 Me los llevaron, ni doliente ardor;  
 Parte al afán cedieron  
 Que el estudio procura,  
 Parte despojos dieron  
 A tus victorias, ceguezuelo amor.

¿Veis que en mi rostro imprima  
 El tiempo sus pisadas,  
 La lengua turbe, ó debilite el pie?  
 ¿Veis que mi espalda oprima?  
 ¿O de brillar cansadas,  
 La actividad reprima  
 De entrambas luces con que siempre  
 [hablé?

Pues si el ardiente brio,  
 Que la edad deteriora  
 Con su fuga veloz existe en mí,  
 ¿No es vano desvarío  
 Vuestra demanda ahora?  
 Si alegre canto y río,  
 Soy jóven fuerte, como jóven fui.

Lo soy, y vigoroso  
Siento que late y vive  
Propenso á la virtud mi corazón;  
Y en placer delicioso  
Afectos mil recibe:  
Movimiento dichoso  
Del alma, si lo templá la razón.

Tal vez Febo me envía  
Entusiasmo divino,  
Que á la helada vejez repugna dar;  
Y la nueva armonía  
De idioma peregrino,  
Las náyades que cria  
El Reno humilde, salen á escuchar.

Seguidme, y al umbroso  
Bosque, mansion de Flora,  
Que el templo cerca del Amor, venid.  
Dadme, dadme oloroso  
Incienso y la sonora  
Cítara, y de frondoso  
Mirto mis sienes cándidas ceñid.

Mancebos y doncellas  
Cantan el himno sacro,  
Y la pompa solemne comenzó.  
¿Veís que llegaron ellas,  
Y en torno al simulacro  
Esparcen flores bellas,  
Y el coro de los jóvenes siguió?

Yo con estos unido  
Presentaré mis dones,  
Cuando postrados ante el ara estén.  
Del certero Cupido  
Sintieron los arpones.....  
Ay! que en vano he querido  
Burlar sus tiros, y me hirió también.

## A NISIDA.

¿Ves cuan acelerados,  
Nisida, corren á su fin los días?  
¿Y los tiempos pasados,

Cuando jóvenes reías,  
Ves que no vuelven, y en amar porfías?

Huyó la delicada  
Tez, y el color purísimo de rosa,  
La voz y la preciada  
Melena de oro undosa:  
Todo la edad se lo llevó envidiosa.

¡Ay, Nisida! ¿y procuras  
Ver á tus pies un amador constante?  
¿Y de otras hermosuras  
El divino semblante  
Censuras ó desprecias arrogante?

En vano es el adorno  
Artificioso, y la oriental riqueza  
Que repartida en torno  
Corona tu cabeza,  
Si falta juventud, gracia y belleza.

Ni digas indignada  
Que es indomable corazón el mío  
Do amor no hizo morada,  
Si á tus halagos frío,  
Del ruego que me cansa me desvío.

Que Cupidillo ciego,  
Hijo de Venus, fiero me encadena:  
Isaura, con el fuego  
De su vista serena,  
Todo me abrasa en agradable pena.

Ni permite que cante  
Los lauros que Gradivo en sangre baña,  
América triunfante  
Con una y otra hazaña,  
Y el muro de Magon abierto á España.

Amor las cuerdas de oro  
Me dió y el plectro, porque cante en  
A la que firme adoro [ellas  
Dulcísimas querellas,  
Su espíritu gentil, sus formas bellas.

¡Qué amable, si el oído  
Presta suspensa á mi pasión doliente!

¡O el beso apetecido  
Evita brevemente  
El labio muy hermoso y elocuente!

Ay! si benigna un día  
(Tú lo puedes hacer, madre de amores)  
Cede la ninfa mía  
Los últimos favores,  
Tus aras cubriré de mirto y flores.

## A ROSINDA HISTRIONISA.

Cupido no permite  
Que mi canto celebre  
Los héroes, que la fama  
Coronó de laureles.

Él me inspira dulzuras  
Y amores inocentes,  
Olvidando de Marte  
Los horrores crueles.

Tú, hermosa, si á mi verso  
Agradecida vuelves  
Esos ojos, incendio  
De los Dioses celestes,

Premio darás que baste  
A que mi voz se aliente,  
Y á que solo en tu aplauso  
Mi cítara se temple.

No por tal hermosura,  
En armados bajelos,  
Llevó la Grecia á Troya  
Desolación y muertes.

¿Qué mucho que á tu vista  
Rendido se confiese  
El corazón, que en vano  
Su libertad defiende?

Si cuando te presentas  
En años florecientes  
Ante el callado vulgo,  
Que de tu labio pende,

Con mágico embeleso  
El ánimo mas fuerte,  
O en tu placer se goza,  
O en tu dolor padece.

Ya la vivaz Talía  
Sus fábulas te preste,  
Cuando el vicio censura  
Con máscaras alegres:

¡Qué honesta, si declaras  
La pasión que te vence,  
O imaginados celos  
Tu risa desvanece!

¡Qué airada, qué terrible,  
Cuando en acentos breves  
Al atrevido amante  
Su desatino adviertes!

La multitud escucha,  
Y absorta duda y teme:  
Que son, aunque fingidos,  
Temidos tus desdenes.

Mas en el drama triste  
Que dictó Melpomene,  
Todo es angustia y lloro,  
Todo afanes crueles.

¿Qué espíritu te agita?  
¿Qué deidad te conmueve?  
¿Quien con serenos ojos  
Pudo escucharte y verte?

Si alguno dudar quiso  
Cuanta ilusión adquieren  
En el ancho teatro  
Ficciones aparentes,

Oiga tu voz, y mire  
Las lágrimas que viertes,  
Y á tus pies humillado  
Te dirá lo que pueden.

Vosotros, que inspirados  
De las hermanas nueve,

Dais á la sien corona  
De hiedras y laureles,

Si dirigís el paso  
A la cumbre eminente,  
Por la difícil senda  
Perdida tantas veces;

Si el númen vuestro aplausos  
Y eternidad pretende,  
Los hechos admirables  
De la patria celebre.

Trágico verso imite  
Pasiones delincuentes,  
Fortunas infelices  
De naciones y reyes.

Que si la ninfa bella,  
Por quien el hondo Betis  
En Hispalis soberbio  
Baña su campo fértil,

Presta su voz, y anima  
Los mudos caracteres,  
Y lo que el arte inspira  
En viva accion lo vuelve,

Veréis como por ella  
El orbe os engrandece,  
Y la fama poeta  
Os aclama celestes.

Feliz la suerte mía,  
Si merecer pudiese  
Que en sus labios de rosa  
Mis números resuenen.

Yo viera mis fatigas  
Premiadas dignamente:  
¿Ni galardón mas alto  
Quién pudo merecerle?

Pero el vendado niño  
Que tirano me vence,  
Me permite que solo  
La adore reverente.

¡Oh amor! libra mi pecho  
Del afán que padece;  
Ni contra mí tus viras  
Voladoras aprestes.

Basta que en ella admire  
Las dotes escelentes  
Con que á la patria escena  
Sublima y enriquece,

Sin que la suma larga  
De sus triunfos aumente,  
Sin que á sus ojos muera,  
Sin que muriendo pene.

Que si de sus hechizos  
Libertarme pudieses,  
Y el tiro que destinas  
Al flechero le vuelves,

Por mí sus alabanzas  
Serán cantadas siempre,  
En acentos suaves  
De citara doliente.

Y cisnes mas sonoros  
Ensalcen y celebren  
Los héroes que la fama  
Coronó de laureles.

LOS DIAS.

¡No es completa desgracia,  
Que por ser hoy mis días,  
He de verme sitiado  
De incómodas visitas!

Cierra la puerta, mozo,  
Que sube la vecina,  
Su cuñada y sus yernos  
Por la escalera arriba.

Pero qué!... No la cierres:  
Si es menester abrirla:  
Si ya vienen chillando  
Doña Tecla y sus hijas.

El coche que ha parado,  
Segun lo que rechina,  
Es el de don Venancio,  
¡Famoso petardista!

Oh! ya está aquí don Lúcas  
Haciendo cortesías,  
Y don Mauro el abate,  
Opositor á mitras,

Don Genaro, don Zoylo,  
Y doña Basiliça;  
Con una lechigada  
De niños y de niñas.

¡Qué necios cumplimientos!  
¡Qué frases repetidas!  
Al monte de Torozos  
Me fuera por no oirlas.

Ya todos se preparan  
(Y no bastan las sillas)  
A engullirme bizcochos,  
Y dulces y bebidas.

Llénanse de mugeres  
Comedor y cocina,  
Y de los molinillos  
No cesa la armonía.

Ellas haciendo dengues  
Allí y aquí pellizcan;  
Todo lo gulusmean,  
Y todo las fastidia.

Ellos, los hombronazos,  
Piden á toda prisa  
Del rancio de Canarias,  
De Jerez y Montilla.

Una, dos, tres botellas,  
Cinco, nueve se chiflan.  
Pues, señor, ¿hay paciencia  
Para tal picardía?

¿Es esto ser amigos?  
¿Así el amor se esplica,

Dejando mi despensa  
Asolada y vacía?

Y en tanto los chiquillos,  
Canalla descreída,  
Me aturden con sus golpes,  
Llantos y chilladiza.

El uno acosa al gato  
Debajo de las sillas;  
El otro se echa acuestas  
Un cangilon de almiar;

Y al otro, que jugaba  
Detrás de las cortinas,  
Un ojo y las narices  
Le aplastó la varilla.

Ya mi baston les sirve  
De caballito, y brincan;  
Mí peluca y mis guantes  
Al pozo me los tiran.

Mis libros no parecen,  
Que todos me los pillan,  
Y al patio se los llevan  
Para hacer torrecitas.

Demonios! Yo que paso  
La solitaria vida,  
En virginal ayuno  
Abstinentemente;

Yo, que del matrimonio  
Renuncié las delicias,  
Por no verme comido  
De tales sabandijas,

¿He de sufrir ahora  
Esta algazara y trisca?  
Vamos, que mi paciencia  
No ha de ser infinita.

Váyanse enhoramala:  
Salgan todos aprisa:  
Recojan abanicos,  
Sombreros y basquiñas.